

CLÁSICOS Y MODERNOS

LECTURAS DE RODÓ



IMPRESA ALSINA

SAN JOSÉ DE COSTA RICA. C A

Las páginas del maestro Rodó que van a leerse enseguida se han tomado de *El Mirador de Próspero*. 1 Vol. 572 páginas. José María Serrano, Editor. Montevideo. 1913.

COLECCIÓN ARIEL

Mayo de 1914

Apreciaciones

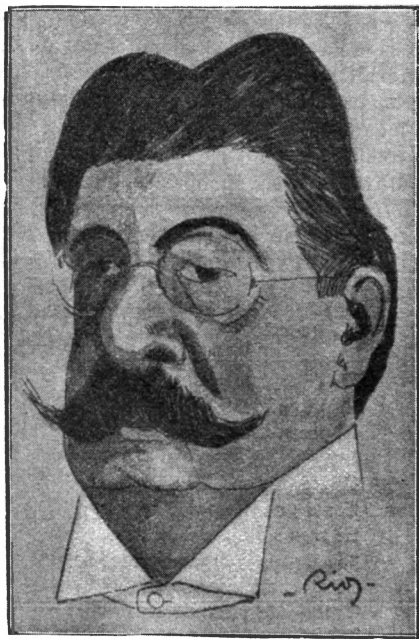
EL oficio de pensar es de los más graves y peligrosos sobre la faz de la tierra, bajo la bóveda del cielo. Es como el del aeronauta, el del marino y el del minero. Ir muy lejos explorando, muy arriba o muy abajo, mantiene alrededor la continua amenaza del vértigo, del naufragio, o del aplastamiento. Así, la principal condición del pensador es la serenidad.

En la América nuestra no hemos tenido casi pensadores; no ha habido tiempo. Todo ha sido fecundidad verbal, más o menos feliz, declamación sibilina, «postiche» oratoria, expansión, pamfletito. Con dificultad se encontrará en toda la historia de nuestro desarrollo intelectual este producto de otras civilizaciones: el ensayista.

José Enrique Rodó es el pensador de nuestros nuevos tiempos, y, para buscar siempre el parangón en el otro plato de la balanza americana, diré que corresponde a Emerson. Un Emerson latino cuya serenidad viene de Grecia, y cuya oración dominical es la salutación a Palas Atenea, la plegaria ante el Acrópolis. Y advertid que, a pesar de lo que se afirme y comente, Rodó no es un renano, en el sentido que en el común dialecto

literario se da a esta palabra. Su tranquila visión está llena de profundidad. El cristal de su oración arrastra arenas de oro de las más diversas filosofías, y más encontraréis en él del más optimista de los ensayistas, que del gordo cura laico, biógrafo de N. S. Jesucristo, abate de Jouarres, *in pártibus infidelium*.

Desde sus comienzos, la obra de Rodó se concreta en ideas, en ideas decoradas con pulcritud por la gracia dignamente seductora de un estilo de alabastros y mármoles. Solamente que él pigmalioniza, y el temor de imposibilidad o de frialdad desaparece cuando se ve la piedra cincelada que se anima, la estatua que canta. Nació con vocación de belleza y enseñanza. Enseñanza, es decir, conducción de almas. A tal pedagogía es a la que se refiere el Dante en un verso referente a Virgilio. Cuando apareció su primer opúsculo, *Vida Nueva*, se vió el surgir de un maestro en su generación, en la generación continental. Su segundo opúsculo sobre el autor de *Prosas Profanas*, o mejor dicho, sobre este libro de poesías, le afirmó virtuoso de la prosa de la erudición elegante, y, en la última parte de su trabajo, profeta. Altas y generosas especulaciones le ocuparon, y *Ariel* señala un nuevo triunfo de su espíritu y una nueva conquista de sus predicaciones, por la hermosura de la existencia, por la elevación de los intelectos hispano-americanos, por el culto nunca desfalleciente ni claudicante del más puro y alentador de los ideales. Definíase más y más su personalidad, y se hubiera dicho un filósofo platónico de la flor del paganismo antiguo, resucitado en tie-



JOSE ENRIQUE RODÓ

Caricatura de Ríos.

(Tomada de la Revista Nosotros, de Buenos Aires)

rras americanas. Y tuvo el más bello de sus gestos, cuando, llevado a las controversias de la prensa y a las agitaciones de la cámara, por los caprichos de la política, el adorador de los dioses de la Hélade salió a la defensa de nuestro pálido Dios cristiano, desterrado allá, como en Francia, de los lugares de la Justicia, por obra de la roja cosa jacobina.

Por último, aparece su obra magna hasta hoy, esos *Motivos de Proteo*, aires mentales, sinfonías de ideas que llevan dentro tanta virtud bienhechora, libro que ha sido acogido en todas partes con entusiasmo y con razonada admiración. Es un libro fragmentario, ¡pero cuán lleno de riqueza! fragmentario ocasional o decididamente. Ello hace que su prosecución sea indefinida, y que el encanto y el provecho se prolonguen en la esperanza después de cada aporte. El tesoro está allí. Cada vez que Aladino baje, estemos atentos.

Rubén Darío

(De *Mundial Magazine*. Enero de 1912).

UN libro de Rodó es un don raro, una etapa literaria, un acto de fe en la virtualidad artística de nuestra raza. Representa en nuestra incipiente literatura más que un ensayo de Renán en la plenitud de las letras francesas o una disertación de Walter Pater en el mundo inglés poblado de cantos y de ideas. Es un esfuerzo solitario en

democracias bárbaras. Le saludan como a maestro cuantos confiesan su provisoria labor frente a los libros magistrales del escritor uruguayo.

El Mirador de Próspero no es obra orgánica. Han reunido (sus editores) ensayos, prólogos, libros comentarios al margen de la vida, interrogaciones angustiosas y evocaciones serenas, dulce arcaísmo, himnos al porvenir. Este libro «sobre una perspectiva indefinida», como quiere hacerlos ahora el maestro admirable, nos revela mejor que *Ariel* o los *Motivos de Proteo* a un Rodó integral, crítico y pensador, conferencista y ensayista, poeta a quien la naturaleza «habla siempre el lenguaje del espíritu», para quien el ideal lírico sería «cincelar con el cincel de Heredia la carne viva de Musset», prosador incomparable, rotundo y sutil, musical y profético, que ha sentido todas las voluptuosidades en la lucha con las palabras—«esos monstruos minúsculos»—que lo exaltaba como «una desesperada contienda por la fortuna y el honor».

Nada le es extraño en el diverso escenario del mundo: ni el fervor de los caudillos ni la música de los poetas, ni el tumulto de la lucha obrera ni el tesón benedictino de los eruditos. Atento a todos los rumores de la tierra mudable como su Proteo simbólico, vive en la menuda realidad circundante y en el vasto mundo de las ideas y de las formas. Desinteresado y nobilísimo, indiferente a toda presión, hostil a todo jacobinismo, parece que a medida que avanza hacia la grave mitad de la vida, llega a su obra, como un sol de otoño la serenidad de Goethe. Ni indiferencia ni pasión agresiva: curiosidad benévola y simpatía

universal. No es suya la muelle ironía de Renán sino el calor de una fe invulnerable. Las Gracias le concedieron aún en la sonrisa de su prosa, una leve apariencia magistral, la nobleza de una autoridad indiscutible. En él no separamos al escritor del hombre: su vida sin claudicaciones, su erudición honrada, precisa sin vanidoso apresuramiento, la perpetua elevación de sus ideas, platonismo elegante sobre el tráfago vulgar, le conceden en nuestra América doble superioridad intelectual y moral.

¿Qué preferir en *El Mirador de Próspero*, cómo señalar la obra suprema, la cumbre insuperable para una inteligencia en plena robustez? Si algo hubiéramos de separar sería algunos estudios definitivos sobre Juan Carlos Gómez, sobre Bolívar, Montalvo y Juan María Gutiérrez. En reciente entrevista anuncia Rodó que prepara nuevos escritos de este género, perfiles de escritores y de caudillos, de Martí, quizás de antiguos cronistas como el inca Garcilaso o de formidables conquistadores. Bello proyecto que nos dará páginas que nadie sino él puede escribir. Su estudio sobre Montalvo me parece igual a los mejores de Taine, hasta por el esfuerzo en estudiar la época y el hombre. Desde Montevideo ha reconstruido Rodó el medio ecuatoriano, con erudición e intuición sorprendentes. Las páginas en que analiza el arte literario de Montalvo son de las mejores que escribiera el maestro y no creemos que haya en la España actual quien pueda superarlas.

Dos corrientes literarias se juntan en América: la una más adecuada a la tierra ancestral, indisciplina-

plinada, abundante, a veces bárbara; la otra que tiende a la elegancia académica, armoniosa, selecta, clásica, rica de ideas. En esta última que podría derivarse de Bello, culmina José Enrique Rodó. Diríase que los esfuerzos anteriores iban preparando su obra, como anuncia al vástago glorioso la lenta ascensión de una familia secular. Desde *Ariel* figura el ilustre uruguayo, fuera de las ondulaciones de la moda y de las sonoridades de la *réclame*, como director intelectual de una época.

Ϟ. ¹

De *La Revista de América*. Abril de 1914).

¹ Suponemos que esta nota sea de don Francisco García Calderón, el eminente Director de LA REVISTA DE AMÉRICA.
-(N. del D.)

Lecturas de Rodó

Decir las cosas bien...

DECIR las cosas bien, tener en la pluma el dón exquisito de la gracia y en el pensamiento la inmaculada linfa de luz donde se bañan las ideas para aparecer hermosas, ¿no es una forma de ser bueno?... La caridad y el amor ¿no pueden demostrarse también concediendo a las almas el beneficio de una hora de abandono en la paz de la palabra bella; la sonrisa de una frase armoniosa; el "beso en la frente" de un pensamiento cincelado; el roce tibio y suave de una imagen que toca con su ala de seda nuestro espíritu?...

La ternura para el alma del niño está, así como en el calor del regazo, en la voz que le dice cuentos de hadas; sin los cuales habrá algo de incurablemente yermo en el alma que se forme sin haberlos oído. Pul-

garcito es un mensajero de San Vicente de Paul. Barba-Azul ha hecho a los párvulos más beneficios que Pestalozzi. La ternura para nosotros, — que sólo cuando nos hemos hecho despreciables dejamos enteramente de parecernos a los niños, — suele estar también en que se nos arrulle con hermosas palabras. Como el misionero y como la Hermana, el artista cumple su obra de misericordia. Sabios: enseñadnos con gracia. Sacerdotes: pintad a Dios con pincel amable y primoroso, y a la virtud en palabras llenas de armonía. Si nos concedéis en forma fea y desapacible la verdad, eso equivale a concedernos el pan con malos modos. De lo que creéis la verdad ¡cuán pocas veces podéis estar absolutamente seguros! Pero de la belleza y el encanto con que lo hayáis comunicado, estad seguros que siempre vivirán

Hablad con ritmo; cuidado de poner la unción de la imagen sobre la idea; respetad la gracia de la forma ¡oh pensadores, sabios, sacerdotes! y creed que aquellos que os digan que la Verdad debe presentarse en apariencias adustas y severas son amigos traidores de la Verdad.

1899.

Mi retablo de Navidad

I

El niño Dios

DE toda la pintoresca variedad del Nacimiento vistoso, — con el divino Infante, la Madre doncella, el Esposo plácido, las mansas bestias del pesebre, — no venía a mí más dulce embeleso ni sugestión más tenaz, que los que traía en sí esta idea inefable: «Dios en aquel día, era niño...» Niño en el cielo, niño de verdad, como lo representaba la figura. Mientras yo contemplaba el inocente simulacro, un celeste niño gobernaba el mundo, oía las plegarias de los hombres, distribuía entre ellos mercedes y castigos... ¿Cuándo la idea del Dios humanado, del Dios hecho hombre por extremo de amor, pudo mover en corazón

de hombre tan dulce derretimiento de gratitud, mezclado a la altivez de tamaña semejanza, como en el corazón de un niño la idea del Dios hecho niño?...

Hoy, que convierto en materia de análisis los poemas de mi candor, (el hombre es el crítico; el niño es el poeta), se me ocurre pensar cuán apetecible sería que Dios fuese niño una vez al año. En la «política de Dios» hay, sin duda, inexcrutables razones, arcanos planes, propósitos altísimos, a los que se debe que su intervención en las cosas del mundo se reserve y oculte con frecuencia, y que su justicia, mirada desde este valle oscuro, parezca morosa, e inactivo su amor. El día del Dios-niño, toda esa prudencia de Dios desaparecería. Al Dios sabio y político sucedería el Dios sencillo y candoroso, cuya omnipotencia obraría de inmediato, en cabal ejecución de su bondad. En ese día de gloria no habría inmerecido dolor que no tuviese su consuelo, ni puro ensueño que no se realizase, ni milagro reparador que se pidiera en vano, ni iniquidad que persistiera, ni guerra que durara. A ese día remitiríamos todos la Esperanza, y el mayor mal tendría un plazo tan breve que lo sobrellevaríamos sin pena. ¡Oh, cuán bella cosa

sería que Dios fuese niño una vez al año, y que éste fuera el bien que anunciaran las campanas de Navidad!...

Pero no... Ahora toman otro sesgo mis filosofías del recuerdo del niño-Dios. Antes que lamentarse porque Dios no sea niño de veras durante un día del año, acaso es preferible pensar que Dios es niño siempre, que es niño *todavía*. Cabe pensar así y ser grave filósofo. El Dios en formación, el Dios *in fieri* en el virtual desenvolvimiento del mundo o en la conciencia ascendente de la humanidad, es pensamiento que ha estado en cabezas de sabios. ¿Y hemos de considerarla la peor, ni la más desconsoladora, de las soluciones del Enigma?... ¡Niño-Dios de mi retablo de Navidad! Tú puedes ser un símbolo en que todos nos reconciliemos. Tal vez el Dios de la verdad es como tú. Si a veces parece que está lejos o que no se cura de su obra, es porque es niño y débil. Ya tendrá la plenitud de la conciencia, y de la sabiduría, y del poder, y entonces se patentizará a los ojos del mundo por la presentánea sanción de la justicia y la triunfal eficiencia del amor. Entretanto, duerme en la cuna... Hermanos míos: no hagamos ruido de discordia; no hagamos ruido de

vanidad, ni de feria, ni de orgía. Respetemos el sueño del Dios-niño que duerme y que mañana será grande. ¡Mezamos todos en recogimiento y silencio, para el porvenir de los hombres, la cuna de Dios!

II

El asno

Asno del pesebre donde el Señor vino al mundo: yo te quería y te admiraba. Tú eras, en aquel espectáculo, el personaje que me hacía pensar. Iniciación preciosa que te debo. Tú, abanicando con los atributos de tu sabiduría, diste aliento a la primera chispa de libre examen que voló de mi espíritu. Tú fuiste mi Mefistófeles ¡oh Asno! Por amor a ti, por caridad y compasión con que me inundabas el alma, me hiciste concebir los primeros asomos de duda sobre el orden y arreglo de las cosas del mundo, y aun sospecho que, por este camino, me llevaste, con ignorancia de los dos, a los alrededores y arrabales de la herejía.

Verás cómo. Yo, prendado de la gracia

inocente y dulce que hay en ti, y que no suelen percibir los hombres, porque se han habituado a mirarte con la torcida intención de la ironía, me interesaba por tu suerte. Viéndote allí, junto a la cuna de Dios, me figuraba que te era debido algún género de gloria. Entonces preguntaba cuál fué tu destino ultratelúrico, y me decían que para los asnos no hay eternidad. Para los asnos no hay en el mundo sino trabajo, burla y castigo, y después del mundo, la nada... La Nueva Ley no modificó en esto las cosas. El sacrificio del Hijo de Dios no alcanzó a ti. El viejo esclavo de Pompeya que debió de trazar, bajo tu imagen dibujada en la pared, la inscripción de amarga ironía:— *Trabaja, buen asnillo, como yo trabajé, y aprovéchete a ti tal como a mí me aprovechó,* —dijo la desventura del asno pagano y del cristiano. De poco te valió estar presente en el nacimiento del Señor, ni, más tarde, llevarlo sobre tus lomos, en la entrada a Jerusalén, entre palmas y vítores. Ni mejoró tu suerte en la tierra, ni, lo que es peor, se te franqueó el camino del cielo. A mí, este privilegio de la promesa de otra vida para el alma del hombre, con exclusión de la candorosa alma animal, capaz de inmere-

cido dolor remunerable y capaz también de una bondad que yo no había aprendido todavía a discernir de la bondad humana, porque aun no había estudiado libros de filosofía, se me antojaba un tanto injusto y me dejaba un poco triste. ¡Cómo! El perro fiel y abnegado que muere junto a la tumba del amo, acaso torpe y brutal; el león hecho pedazos en la arena infame; el caballo que conduce al héroe y participa del ímpetu heroico; el pájaro que nos alegra la mañana; el buey que nos labra el surco; la oveja que nos cede el vellón, ¿no recogerán siquiera las mijagas del puro festín de gloria a que nos invita el amor de Dios después de la muerte?...—De esta manera me acechaba la pravedad herética tras el retablo de Navidad.

Quedábamos en que para ti no hubo Noche Buena, Asno amigo; pero siglos después estuviste a dos dedos de la redención. Un paso más y te ganas los fueros de la inmortalidad, con el suplemento de alguna tregua y alivio en tu condición terrena. Fué cuando, en humilde pueblo de la Umbría, apareció aquel hombre vago, y tal vez loco, que se llamó Francisco de Asís. ¡Venturoso momento! La piedad de este hombre se

extendía, como los rayos del sol, sobre todo lo creado. Sentía, presa de exaltadas ternuras, su fraternidad con las aves del cielo, con las bestias del campo y hasta con las fieras del bosque. Hablaba amorosamente del Hermano Lobo, del Hermano Cordero y de la Hermana Alondra. Era como el corazón de Cristo rebosando sobre su amor por nosotros y derramándose en la naturaleza. Era un Sakiamuni menos triste y austero, más iluminado de esperanza. Parecía venido a predicar un Testamento Novísimo, ante el cual el nuevo pasase a viejo. ¡Yo creo, y Dios me perdone, que a él también le acechaba la herejía!... Pero se detuvo, o no le comprendieron del todo, y la naturaleza siguió sin Noche Buena. Tú, Asno hermano, perdiste con ello tu redención, y acaso no perdimos menos los hombres.

¡Ah, si el dulce vago de Asís se hubiera atrevido!...

III

Sueño de Noche Buena

En Noche Buena era el soñar despierto, girando la mariposa interior en torno a la

imagen de luz pura, que ya aparecía, infantil, en el regazo de la Madre; ya a márgenes del lago o sobre el monte, con sus rubias guedejas de león manso; ya, trágica y sublime, entre los brazos de la Cruz. Mi imaginación era invencionera; la fe le daba alas. Cuentos, leyendas, ficciones de color de rosa, nacían de aquel soñar. Una recuerdo. No sabría reproducirla con su tono, con el metal de voz de la fantasía balbuciente. Será una idea de niño dicha con acento de hombre; será un verso de poeta que ha pasado por manos de traductor.

Éra en la soledad de los campos, una noche de invierno. Nevaba. Sobre lo alto de una loma, toda blanca y desnuda, se aparecía una forma, blanca también, como de caminante cubierto de nieve. En derredor de esta forma flotaba una claridad que venía, no de la luz de una linterna, sino del nimbo de una frente. El caminante era Jesús.

Allá donde se eriza el suelo de ásperas rocas, un bulto negro se agita. Jesús marcha hacia él; él viene, como receloso, a su encuentro. A medida que el resplandor divino lo alumbra, se define la figura de un lobo, en cuyo cuerpo escuálido y en cuyos

ojos de siniestro brillo está impresa el ansia del hambre. Avanzan; párase el lobo al borde de una roca, ya a pocos palmos del Señor, que también se detiene y le mira. La actitud dulce, indefensa, reanima el ímpetu del lobo. Tiende éste el descarnado hocico y aviva el fuego de sus ojos famélicos; ya arranca el cuerpo de sobre la roca... ya se abalanza a la presa... ya es suya..., cuando Él, con una sonrisa que filtra a través de su inefable suavidad la palabra:

—Soy yo,—le dice.

Y el lobo, que lo oye en el rapidísimo espacio de atravesar el aire para caer sobre él, en el mismo rapidísimo espacio muda maravillosamente de apariencia: se transfigura, se deshace, se precipita en lluvia de blancas y fragantes flores. A los pies de Jesús, entre la nieve, las flores forman como una nube mística, sobre la que el divino cuerpo flotara. Y todo mi afán de poeta consistía en que se entendiese que no fué voluntad del sagrado caminante, ni intervención de lo alto, lo que movió la transformación milagrosa, sino que fué virtud del propio sentir del lobo, espantado, loco, al reconocer a aquel a quien iba a destrozarse con sus dientes; virtud en que arrepenti-

miento, dolor, vergüenza, ternura, adoración, se aunaron como en un fuego de rayo, y derritieron las entrañas feroces, y las refundieron en aquella forma dulcísima, todo ello mientras declinaba la curva del salto que tuvo por arranque la intención de hacer daño... Agregaba mi cuento que el Señor, mirando a las flores que a sus plantas había, hizo sonar los dedos como quien llama a un animal doméstico. Entonces, de bajo el manto de flores se levantó, cual si despertara, un perro grande, fuerte y de mirada noble y dulce, de la casta de aquellos que en las sendas del Monte San Bernardo van en socorro del viajero perdido.

Algunas veces asocio al recuerdo de mi ficción candorosa la idea de esas súbitas conversiones de la voluntad, que, por la devoradora virtud de una emoción instantánea, consumen y disipan para siempre la endurecida broza de la naturaleza o la costumbre: Pablo de Tharsos herido por el fuego del cielo, Raimundo Lulio develando el ulcerado pecho de su Blanca, o el Duque de Gandía frente a la inanimada belleza de la Emperatriz Isabel.

El Cristo a la jineta

DESPUÉS del Cristo de paz, hubo menester la humana historia del Cristo guerrero, y entonces naciste tú, Don Quijote. Cristo militante, Cristo con armas, implica contradicción, de donde nace, en parte, lo cómico de tu figura, y también lo que de sublime hay en ella.

Atribuyeron a Cristo casta real, dijeron que era de la sangre de David; y tú conjeturaste que había de pasar igual cosa contigo: «Podría ser, ¡oh Sancho!—dijiste—que el sabio que escribiese mi historia deslindase de tal manera mi parentela y descendencia, que me hallase quinto o sexto nieto de rey». Nació Cristo en aldea humilde, a la que para siempre levantó de la oscuridad su cuna. Lugareño fuiste también tú, y sólo por ti vive en la memoria del mundo tu Argamasilla. Cuando se aludía a él por su nacimiento, no se vinculaba a su nombre

el de su pueblo, sinó el de su región: *el Galileo* se le llamaba; como tú tomaste para añadir a tu nombre el de la comarca de que eras, el del viejo Campo Esportuario: la *Mancha* de los moros. Él, antes de poner por obra nuestra redención, quiso ser con sagrado por manos del Bautista; como tú, antes de arrojarte a no muy menores empresas, quisiste recibir, del castellano de tu castillo, la pescozada y el espaldarazo. Cuarenta días y cuarenta noches pasó él en el retiro del desierto; y tú, en tu penitencia de Sierra Morena, pasaras otros tantos, a no sacarte de allí maquinaciones de los hombres. Rameras hubo a su lado y las purificó su caridad; como a tu lado, y transfiguradas por tu gentileza, maritornes y mozas del partido. Él dijo: «Bienaventurados los que padecen persecución de la justicia»; y tú, pasando del dicho inaudito al hecho temerario, trozaste la cadena de los galeotes. Él atraía y retenía a su cohorte con la promesa del reino de los cielos; como tú a la cohorte tuya,—unipersonal, pero representativa del pululante *coro* humano,—con la promesa del gobierno de la ínsula. Si enfermos sanó él, tú valiste a agraviados y menesterosos. Si él conjuró los

espíritus de los endemoniados, a ti te preocupó el remediar encantamientos. Ni a él quiso reconocerle el sentido común como Mesías, ni a ti como andante caballero. Burla y escarnio hicieron de su mesianismo como de tu caballería; y si la madre y los hermanos del Maestro le buscaban para disuadirle y él hubo de decir: «No tengo madre ni hermanos», bien se te opusieron y te obstaculizaron en tu casa, tu ama y tu sobrina. Cuando desbaratas el retablo del titiritero, donde lo heroico se rebajaba a charlatanería de juglar, haces como el que echó por tierra las mesas de los mercaderes y las sillas de los vendedores de palomas. Indígnanse los sacerdotes de Jerusalén, porque ven que festeja la multitud a Cristo; y porque a ti te festejan en casa de los Duques, se indigna un ensoberbecido y necio clérigo... Y es tu Jerusalén la casa de los Duques: allí, después de festejársete, padeces persecución; allí te befan, allí te llenan de ignominia. Como Pedro al Maestro, Sancho, hechura tuya te niega, cuando con cobarde sigilo llega a confesar a la Duquesa lo que el vulgo llama tu locura. El letrero que en Barcelona cosen a tu espalda, es el «*Este es Rey de los Judíos*», con

que se te expone a la irrisión. Sansón Carrasco es el Judas que te entrega. Un publicano, San Mateo, escribió el Evangelio de Cristo; y otro publicano, Miguel de Cervantes, tu Evangelio. Dos naturalezas había en ti, como en el Redentor: la humana y la divina; la divina de Don Quijote, la humana de Alonso Quijano el Bueno. Murió Alonso Quijano, y para otros quedaron su hacienda, y las armas tuyas, y el rocín flaco y el galgo corredor; pero tú, Don Quijote, tú, si moriste, resucitaste al tercer día: no para subir al cielo, sino para proseguir y consumir tus aventuras gloriosas; y aun andas por el mundo, aunque invisible y ubicuo, y aun deshaces agravios, y enderezas entuertos, y tienes guerra con encantadores, y favoreces a los débiles, los necesitados y los humildes, ¡oh sublime Don Quijote, Cristo ejecutivo, Cristo-León, Cristo a la jineta!

1906.

Obra de hermanos

En el álbum de una exposición agrícola

LA obra del *labrador de ideales*—pensador, artista, poeta,—se hermana sin dificultad, para quien mira de lo alto el conjunto de las activas fuerzas humanas, con la del cultivador de las realidades positivas: con la de aquel que recibe los dones de la opima mies, del lucio rebaño, del metal que esconde en sus profundos tuétanos la tierra. Sobre ambos tiende el Trabajo su enseña gloriosísima. Ambos son hijos buenos del Trabajo. Sea en pensamiento luminoso, en fácil verso, en pincelada inmortal; sea en opulento vellón, en rubio trigo, en áureo lingote, ambos pagan bien su parte de vida. No siempre reconocen su fraternidad, y hay veces en que se miran con recelo. No importa. Son picapedreros de la misma roca, sembradores del mismo predio; y cuando vuelven, después

de la jornada, hay una Madre que los confunde en el mismo abrazo de amor. Del campo fecundado por el brazo tosco y fuerte— ¡cuánto más noble que el del Adán anterior a la condena, exento de trabajo!— nacen las frondas de las civilizaciones poderosas y ricas; y luego esta vegetación florece, por su propia ley, con las maravillas de color y fragancia de las grandes épocas de pensamiento, de cultura, de arte. Tal florescencia preciosa es, pues, indirectamente, obra del rudo trabajador, que ni pensó nunca en ella, ni acaso, si la conociese, la estimaría en su divina hermosura. Tampoco suelen pensar el poeta, el pensador, el artista, fieles a su labor desinteresada y libre de toda utilidad consciente, en la posible repercusión de su obra dentro del campo de las más positivas realidades humanas, cuando el eco del canto se transfigura en acción, cuando la nota de la marcha se inflama en heroísmo, cuando la moral del sistema se concreta en conducta.

Y aun sin llegar a estas transformaciones que requieren la alquimia misteriosa del tiempo: ¿no nos ofrece el arte ejemplos de una vinculación más inmediata, más íntima, con las inspiraciones de la prosperidad y el

bienestar material?... ¿Qué es, en su aspecto más característico, el glorioso arte flamenco, sino la apoteosis de la vida de abundancia y de sensualidad sana y fecunda, que esplende en las romerías, en las alegres *kermesses* de Teniers? — De aquellas romerías, de aquellas ferias, tomó colores un arte... Cuando estas fiestas del trabajo, cuando estas citas civilizadoras con que aspiramos a reemplazar, en el semidesierto americano, la cita bárbara de los *montoneros* para la revuelta, de las pasiones para la devastación, hayan adquirido la perennidad de la costumbre y el colorido propio sin el cual no habrá nunca asunto valedero para el arte, a ellas recurrirá acaso el artista, para encontrar en la belleza que nace de la alegría del vivir, del consorcio fecundo con la Naturaleza, de la eterna geórgica del campo domado por la mano del hombre, la inspiración que sustituya a las leyendas, ya mustias y descoloridas, de la guerra civil.

Entretanto, arte y utilidad pueden bien ir de compañeros entre nosotros, por cuanto tienen intereses convergentes y tienen también comunes enemigos. Una actividad gloriosa los identifica dentro de su capacidad inmensa: el Trabajo, o llamándola con nom-

bre más grande aún y más sagrado: la Vida, en cuyos altares hemos de inmolar todos los odios, todas las preocupaciones del pasado, todas las influencias de esterilidad, de estancamiento y de muerte.

1903.

El fanático y el escéptico

EL fanático y el escéptico, personificaciones de dos puntos extremos, entre los que oscila con inseguro ritmo la razón humana, son caracteres que presentan notas peculiares de superioridad y de desmerecimiento, de alteza y de ruindad. Caben en el fanático el prestigio avasallador del entusiasmo, la sublime capacidad de crear y y aniquilar, de idolatrar y maldecir; la grandeza de la acción heroica; la suprema abnegación del martirio. Tiene, en cambio, la estrechez de juicio y sentimiento; la ceguera para cuanto no sea el punto único a que, con fatal impulso, gravita; la incomprensión, la inflexibilidad, la brutalidad. Caben en el escéptico superior la amplitud alta y generosa; la benevolencia fácil; el sentido de lo relativo y transitorio de toda fórmula de la verdad; la cultura varia y renovable; la gracia y movilidad del pensamiento. Des-

lúcenle, como reverso de estos dones, la ineptitud para la acción; la fría esterilidad de la duda; la limitación y pobreza de lo que exige de la realidad; la influencia enervadora y corrosiva. Entre estos dos tipos opuestos, y en su perfecta realización, extraordinarios, halla su posición y carácter el espíritu de la mayoría de los hombres que, de uno u otro modo, se interesan por las ideas; aproximándose a un extremo o al otro, pero guardando casi siempre la correlación de superioridades y defectos propios de la naturaleza del tipo a que respectivamente se aproximan, y dejando graduar la intensidad con que adolecen de los defectos por la proporción en que participan de las superioridades. Cuanta más energía de convicción, menos virtud de tolerancia; cuanta mayor disposición de hacer, menor profundidad de pensar; cuanta más sutil inteligencia crítica, menos dinámico y comunicativo poder de sentimiento.

¿Es ésta, sin embargo, ley fatal e inflexible? ¿No pueden conciliarse, en un plano superior, las excelencias de ambos caracteres y determinar uno nuevo y más alto?... Yo creo que sí. Yo creo que es posible, no sólo construir idealmente, sino también,

aunque por raro caso, señalar en la realidad de la vida, una estructura de espíritu en que la más eficaz capacidad de entusiasmo vaya unida al don de una tolerancia generosa; en que la perseverante consagración a un ideal afirmativo y constructivo se abraza con la facultad inexhausta de modificarlo por la propia sincera reflexión y por las luces de la enseñanza agena, y de adaptarlo a nuevos tiempos o a nuevas circunstancias; en que el enamorado sentimiento del propio ideal y de la propia fe no sea obstáculo para que se reconozca con sinceridad, y aún con simpatía, la virtualidad de belleza y amor de la fe extraña y los ideales agenos; en que la clara percepción de los límites de la verdad que se confiesa no reste fuerzas para servirla con abnegación y con brío, y en que el anhelo ferviente por ver encarnada cierta concepción de la justicia y del derecho parta su campo con un seguro y cauteloso sentido de las oportunidades y condiciones de la realidad.

Éste es, sin duda, el más alto grado de perfección a que pueda llegarse en la obra de formar y emancipar la propia personalidad, bajo la doble relación de la inteligencia y del carácter. Demás está decir que si

el fanático y el escéptico puros, en el sentido de la pureza o simplicidad psicológicas, son tipos de excepción, aun lo es más este tipo en que se resuelve la oposición de aquellos otros, no por neutralizado y vulgar término medio, sino por participación activa y fecunda de las superioridades y capacidades de entrambos. No sólo es extraordinaria esta superior manera de ser, sino que, a diferencia de aquellas de que la deslindamos, escapa casi siempre a la comprensión y aplauso del vulgo. La mayoría del vulgo compónese de los *semifanáticos* y los *semi-escépticos*, y cada una de estas especies desmedradas y borrosas siente la sugestión magnética del tipo que realiza, con plenitud eficaz, los caracteres que sólo en parte y sin eficacia tiene ella. A los semifanáticos les subyuga la bárbara energía del fanatismo personificado en un carácter uno, enterizo y presa de ímpetu ciego; a los escépticos a medias les fascina aquel como prestigio diabólico que nace, en el pleno escepticismo, de la resistencia invariable de la duda y del alarde impávido de la ironía. No queda séquito, o queda muy limitado, para el espíritu de libertad y selección que afirma y niega, y obra y se abstiene, con racional

medida de cada una de sus determinaciones. Pero si su acción sobre el mayor número no es inmediata ni violenta, ni asume las formas triunfales del proselitismo, su influencia en esferas superiores a la vulgaridad es la única de que nace positivo progreso en las ideas y la que, en definitiva, fija el ritmo que prevalece sobre los desacordes impulsos de esas distintas ordenaciones del rebaño humano que llamamos escuelas, sectas y partidos.

(Del estudio *Rumbos nuevos*)

Mirando al mar

CUÁNTO muda de color el mar inmenso!... ¿Quién habló de la monotonía del mar? La dura tierra sólo varía en el espacio; el mar cambia y se transforma en el tiempo. Allí donde hace un instante tuvo una fisonomía, ahora tiene otra diferente. Esa inmensidad es un perpetuo *devenir*, sin punto de reposo, sin veleidad de fijeza. ¿Qué gama como la gama de sus sonidos? ¿Qué paleta como la que le surte de matices? ¿Qué imaginación más rica en formas que la ola, nunca igual a sí misma?... Yo quiero que detengáis el pensamiento en un aspecto, nada más, de esa variedad infinita: en la mudanza del color. ¡Cuán maravillosamente cambia de piel el monstruo enorme! ¡Y qué raras invenciones de tintas las que saca a luz sobre el lomo, ya cresco, ya sumiso! Para estos cambios suele bastar un

instante: lo que se tarda en quitar la mirada y devolverla; y ¿qué es lo que obra en ellos como causa? ¿qué es lo que colora de nuevo, y de improvviso, la sublime extensión?—A menudo, sólo una nube que cruza por el cielo; sólo un rayo de sol que, rasgando el seno de las brumas, toca el haz de la onda: cosas de allá, de la región de lo leve, de lo vago, de lo inaccesible...

Tengo la imaginación hecha de tal modo que toda apariencia material tiende en mí a descifrarse en idea. La Naturaleza me habla siempre el lenguaje del espíritu. Observando, desde la playa, esto que ahora apunto, yo pensaba en ese otro mar, extraño y tornadizo, que es la multitud de los hombres; y pensaba luego en las mil cosas ligeras, aéreas, ideales, que flotan a toda hora sobre el mar humano, allá adonde no alcanza la furia de sus olas: concepciones de almas ilusas, candideces de almas puras, ensueños de almas bellas... Y me producía una suerte de embeleso considerar que basta a veces el toque, leve y sutil, de una de esas cosas delicadas, sobre el lomo del salvaje monstruo inquieto, para colorearlo de nuevo en un instante: para que la muchedumbre,—la formidable fuerza real,—

se rinda, como la cera al sello, a la todopoderosa debilidad de una palabra del poeta, de una promesa del visionario, de un ¡ay! del desvalido.

1911

En el álbum de un poeta

ALABEN otros ¡oh poeta! la perfección de tus ánforas cinceladas. Yo prefiero decirte que tu verso sabe hacer pensar y hacer sentir; que tu poesía tiene un ala que se llama emoción y otra ala que se llama pensamiento. Siendo igualmente justo, te habré dicho, sin duda, mucho más. Los que en tiempos cercanos recorrieron la senda que va de las estatuas esbeltas y delicadas de Gautier a los grandes mármoles de Leconte, amaron en el poeta el dón de una impasibilidad que resguardara a las líneas del cincel impecable del peligro de un estremecimiento. Menos paganos, nosotros gustamos de recordarle nuevamente el mito del pelícano; porque, sin dejar de tener la idolatría de la forma, necesitamos, a la vez, un arrullo para nuestro corazón y un eco para nuestras tristezas.—Ellos le hablaban para decirle: «Haznos, estatuario, una esta-

tua. Que llore o ría; que muestre el gesto del amor, de la meditación, o del desprecio. Pero que sea perfecta y que sea pura». Nosotros le decimos: «Escúlpenos una elegía en mármol negro; y haz de modo que bajo los pliegues armoniosos de la túnica parezca latir un corazón». Llenos de estremecimientos íntimos, al mismo tiempo que de sueños ambiciosos de arte, nosotros quisiéramos infiltrar las almas de los héroes de Shakespeare en el mármol de los dioses antiguos; quisiéramos cincelar, con el cincel de Heredia, la carne viva de Musset.

La gesta de la forma

QUÉ prodigiosa transformación la de las palabras, mansas, inertes, en el rebaño del estilo vulgar, cuando las convoca y las manda el genio del artista!... Desde el momento en que queréis hacer un arte, un arte plástico y musical, de la expresión, hundís en ella un acicate que subleva todos sus ímpetus rebeldes. La palabra, sér vivo y voluntarioso, os mira entonces desde los puntos de la pluma, que la muerde para sujetarla; disputa con vosotros, os obliga a que la afrontéis; tiene un alma y una fisonomía. Descubriéndose en su rebelión todo su contenido íntimo, os impone a menudo que le devolváis la libertad que habéis querido arrebatársela, para que convoquéis a otra, que llega, huraña y esquiva, al yugo de acero. Y hay veces en que la pelea con esos monstruos minúsculos os exalta y fatiga como una desesperada contienda por la for-

tuna y el honor. Todas las voluptuosidades heroicas caben en esa lucha ignorada. Sentís alternativamente la embriaguez del vencedor, las ansias del medroso, la exaltación iracunda del herido. Comprendéis, ante la docilidad de una frase que cae subyugada a vuestros pies, el clamoreo salvaje del triunfo. Sabéis, cuando la forma apenas asida se os escapa, cómo es que la angustia del desfallecimiento invade el corazón. Vibra todo vuestro organismo, como la tierra estremecida por la fragorosa palpitación de la batalla. Como en el campo donde la lucha fué, quedan después las señales del fuego que ha pasado, en vuestra imaginación y vuestros nervios. Dejáis en las ennegrecidas páginas algo de vuestras entrañas y de vuestra vida.—¿Qué vale, al lado de esto, la contentadiza espontaneidad del que no opone a la afluencia de la frase incolora, inexpresiva, ninguna resistencia propia; ninguna altiva terquedad a la rebelión de la palabra que se niega a dar de sí el alma y el color?... Porque la lucha del estilo no ha de confundirse con la pertinacia fría del retórico, que ajusta penosamente, en el mosaico de su corrección convencional, palabras que no ha humedecido el tibio aliento del

alma. Eso sería comparar una partida de ajedrez con un combate en que corre la sangre y se disputa un imperio. La lucha del estilo es una epopeya que tiene por campo de acción nuestra naturaleza íntima, las más hondas profundidades de nuestro ser. Los poemas de la guerra no os hablan de más soberbias energías, ni de más crueles encarnizamientos, ni, en la victoria, de más altos y divinos júbilos... ¡Oh *Iliada* formidable y hermosa; *Iliada* del corazón de los artistas, de cuyos ignorados combates nacen al mundo la alegría, el entusiasmo y la luz, como el heroísmo y la sangre de las epopeyas verdaderas! Alguna vez has debido ser escrita, para que, narrada por uno de los que te llevaron en sí mismos, durara en ti el testimonio de algunas de las más conmovedoras emociones humanas. Y tu Homero pudo ser Gustavo Flaubert.

1900

Los que callan...

UNA de las impresiones más altas de respeto que yo haya experimentado en el mundo, es la que me produce cierto linaje de espíritus,—seguramente, muy raros, y aun más que raros, difíciles de reconocer sin haber llegado a su más escogida intimidad; cierto linaje de espíritus que unen al sentimiento infalible, perfecto, aristocrático, de la belleza, en las cosas del arte, el absoluto desinterés con que profesan calladamente su culto, inmunes de todo estímulo de vanidad, de todo propósito de crítica o de producción, de toda codicia simoníaca de fama. Comprenden la obra bella en sus más delicados matices, con esa plenitud de inteligencia y simpatía que es una segunda creación; son el lector o el espectador ideal con que el artista ha soñado; dan su alma entera en el sacrificio religioso de la emoción artística, en esa absoluta inmolación

de la personalidad, de donde toma su vuelo el misticismo del arte. Guardan dentro de sí el eco perenne en que se prolonga el acento verdadero, original, del poeta, que el vulgo no percibe sino enturbiado y trunco; el reflejo clarísimo en que se reproduce, con la frescura matinal de la inspiración creadora, la imagen del cuadro o de la estatua. Son la compensación de la vulgaridad triunfante y ruidosa; del alarde interior; del abominable *snobismo*. Salvan, en el puerto abrigado y calmo de su piadosa memoria, nombres y obras que la injusticia o la indolencia de una época han condenado al olvido común. Para ellos no tiene curso la mentira acuñada en moneda falsa de renombre y de gloria. Llevan en sus desdenes secretos y animados de una serena y terrible certidumbre, el infierno de que no logran eximirse los que triunfan delinquiendo contra la belleza, contra el gusto, contra la noble altivez. Y callan... Y pasean por el mundo una apariencia indiferente, acaso vulgar. Y a modo de la capilla de un culto misterioso y prohibido, encierran, en lo más hondo de sí, el tabernáculo de ese amor ideal, que embellece el misterio como el pudor de una novia.

¿Dudas de que existan almas así?... Yo he llegado a conocer algunas, después de conocer sólo la opaca apariencia que me las velaba. Y desde que las descubrí, su presencia me domina y subyuga con el sentimiento de una superioridad que no reconozco, tan imperiosa y de tan alta especie, ni en el artista creador que más admire ni en la sabiduría magistral que más respeto me infunda. Porque esas almas de silencio celeste son las únicas que me han dado la completa intuición de cuánto hay de vulgar y mezquino en esta brega por la notoriedad, en este sensualismo de la admiración y del aplauso, grosera liga que mezclamos nosotros, los de la comedia literaria, al oro de idealidad del amor de lo bello. Sólo ellas saben amarte, Belleza, como tú ¡oh, Diosa! mereces. En la sociedad de esas almas se apodera de mí no sé que noble vergüenza de ser autor, escritor de oficio. Y cuando vuelvo a esta faena, ellas componen el público, incógnito e incognoscible, que más me exalta y que más me tortura. A él me remito, con una austera y melancólica esperanza, como quien se remite a la justicia de una posteridad que no ha de ver, cuando creo que una palabra mía no ha sido enten-

dida en su virtud o su beldad; cuando una criatura de mi imaginación no ha hallado el regazo amante que la acoja. Y en él pienso, lleno de íntima inquietud,—como aquejado del imposible deseo de saber la verdad de labios de un dios de mármol,—cuando aplausos y loas quieren persuadirme de que ha brotado de mi alma algo bueno o hermoso.

¡Ah, cuántos de estos abnegados monjes de belleza pasan acaso junto a ti, y tú no los reconoces, y quizá los desdeñas!... Tal vez hay uno de ellos en ese espectador, indeterminado e incoloro, que ocupa su butaca en el teatro, no lejos de la tuya, y aplaude cuando los demás, y asiente con trivialidades a los comentarios del vecino, y se disipa, esfumándose, en el rebaño de la retirada. Tal vez otro se oculta bajo la máscara de ese viajero que, con apariencias de comisionista, lee, frente a tu asiento del tren, un libro que lo mismo puede ser la guía de Baedeker que un poema de Wilde o una novela de D'Annunzio. Tal vez descubrirías uno más en aquel otro a quien el juicio popular—¡cruel ironía!—gradúa de poeta fracasado y con hoscos despechos de impotencia; porque sabe que su renunciamento prematuro fué espontánea y altísima reli-

giosidad, y que en su repugnancia a hablar de arte con los que fueron sus émulos y amigos no hay sino las delicadezas de una sensibilidad transfigurada y la conciencia de una soledad de *extraño*... Con uno u otro disfraz, ellos pasan en su irrevocable silencio. Y este silencio ni es humildad ni es orgullo. No es más que la cumplida posesión de un bien que lleva su fin y recompensa en sí mismo, y que por eso se contiene dentro de su propia amplitud, sin aspirar a salir de sí con ímpetu y alarde: como el vino que, cuando ha llegado a sazón, olvida los desasosiegos y hervores de su fermentar, o como el resplandor de la noche serena, que, extasiándose en la suave gloria de sus luces, no la publica ni con los pregones del relámpago ni con la música del sol.

1912.